

TERCERA PARTE

LOS GÁNSTERS DE STALIN Y SUS CÓMPLICES

XIV

LA DETENCIÓN DE ÁLFARO SIQUEIROS

No fue empresa fácil descubrir la pista del pintor David Alfaro Siqueiros y luego proceder a su detención. Como queda dicho en capítulos anteriores, a los pocos días del primer asalto y cuando empezó a sonar su nombre en la prensa, dirigió una carta al General Núñez ofreciendo presentarse espontáneamente a declarar si así se le requería. Trataba de desvirtuar, por medio de este golpe de audacia, las sospechas que empezaban a cundir sobre él. Públicamente se le hizo el propuesto requerimiento y hasta se le ofrecieron toda clase de garantías. Mas al verse señalado como el jefe material del asalto del veinticuatro de mayo, lejos de cumplir su ofrecimiento, pareció que se lo había tragado la tierra.

Ninguna otra detención, durante el tiempo que actué como Jefe del Servicio Secreto de la Policía de México, iba a causarme las preocupaciones y a obligar mi atención como ésta del inquieto y audaz pintor stalinista. Todas las investigaciones realizadas en diversos puntos de la República resultaron infructuosas. Con fecha quince de julio recibí una carta de León Trotsky. Me decía entre otras cosas:

“Los periódicos afirman, citando su nombre, que los hermanos Arenal y Siqueiros están en Manzanillo. Si esto es cierto, tiene en mi opinión una importancia trascendental. De fuente digna de la mayor confianza tengo la información de que un navío soviético debe llegar en los próximos días, si es que no llegó ya, a Manzanilla con objeto de cargar metales para el Japón. Es muy probable, casi seguro, que este navío viene en realidad para recoger a Siqueiros, a los Arenal y a otros agentes de la G. P. U. y estima que esta hipótesis merece toda la atención de las autoridades competentes.

“Usted sabe que Luis Arenal visitó en Nueva York a la escritora Anita Brenner después del asalto, pero antes de que la prensa revelara su participación en el mismo. Considero este hecho absolutamente seguro. La información de que Siqueiros fue también visto en Nueva York, no merece la misma confianza. Posiblemente el rumor proviene de la misma G. P. U. para desviar la investigación”.

Esto motivó que el agente Pedro C. Balderas, acompañado de dos más, realizaran una minuciosa investigación en el puerto de Manzanillo. Inspeccionaron escrupulosamente varios barcos de pasajeros y de carga que se encontraban anclados allí, con matrículas del Japón y de Noruega, aparte de otro de procedencia alemana que debió estar allí por tiempo indefinido. En ninguna de las embarcaciones se encontró la menor huella de los prófugos de la justicia, ni tampoco la hallaron en la ciudad y los poblados circunvecinos.

Antes estuvieron mis agentes recorriendo varios puntos del estado de Guerrero, fijando principalmente su atención en un pueblecillo de la región de Balsas, donde bien podría asegurarse que llegaron a estar ocultos en la casa de una agraciada maestra rural, Alfaro Siqueiros y Antonio Pujol, amante éste de dicha maestra. Quizá también llegaron a estar con ellos los hermanos Arenal y hasta Angélica, la esposa de Siqueiros. Pero la llegada de mis agentes había sido tardía.

Anteriormente, casi inmediatamente después del primer asalto, hicimos varias excursiones a Cuernavaca, a donde evidentemente se había dirigido el pintor comunista después de su criminal aventura. Practicamos visitas domiciliarias en diversas residencias de la ciudad, habitadas por extranjeros de la misma filiación, pero tampoco pudimos alcanzar nuestro objeto.

Luego llegué a abrigar la creencia de que el prófugo se encontraba oculto en Guadalajara. Señalábase la mansión de un ex funcionario tapado como su refugio. Mediaba entre ellos vieja amistad, nacida en el período revolucionario, cuando Siqueiros, con el grado de oficial, militaba en las filas del General Manuel



M. Diéguez. Recibí diversas denuncias en tal sentido. Por otra parte, habíase visto a Angélica Arenal en viaje hacia la capital de Jalisco en condiciones muy sospechosas. Me la describían como una mujer de veintiocho años de edad, de rostro ovalado, frente despejada, nariz recta, bastante grande y un tanto ancha, boca grande, labios finos y complexión regular. Su cabello era lacio, partido en medio, recogido en los extremos en forma ensortijada y mostrando una especie de rizo o mechón caído verticalmente en medio de la frente. Esta descripción concordaba con la fotografía que poseíamos de ella. Durante su citado viaje —por ferrocarril— vestía humildemente, sin duda con rebuscada sencillez. La acompañaba una niña —¿para no inspirar sospechas?— y llevaba dos velices como equipaje. Los agentes Balderas y Moreno fueron destacados a Guadalajara y sólo lograron averiguar que el jueves tres de junio —diez días después del asalto— habían salido Siqueiros y algunos de sus cómplices de aquella ciudad, con rumbo a la región minera de Hostotipaquillo, Jalisco, punto donde yo sabía de antemano que el pintor contaba con algunos amigos barreteros, a los que en otro tiempo agitara con problemas de trabajo y en franca campaña comunista. Lograron averiguar asimismo mis investigadores, que días antes del atentado David y dos comunistas españoles habían estado en aquella región, sin duda con el fin de prepararse un refugio seguro. Pero se ignoraba su paradero actual.

Terminada la investigación en torno al asesinato de León Trotski, según el relato hecho en capítulos anteriores, y liquidada la campaña presidencial con la instalación del nuevo Congreso, sucesos que absorbieron nuestra atención en lo referente al orden público, pudimos dedicarnos de nuevo intensamente a la captura del prófugo de la justicia. Desde su ignorado escondite venía dedicándose éste a mandar violentos artículos contra el régimen a algunas revistas metropolitanas, fechando los mismos en la ciudad de México para dar la impresión de que se encontraba allí y con el evidente fin de desorientar nuestras pesquisas, pues hacía coincidir la fecha de sus escritos con la del depósito en las oficinas postales de la capital, según los sellos de cancelación de timbres. Una de estas publicaciones dió incluso una entrevista con el pintor, ilustrada con fotografías, queriendo denotar así que llevaba una vida poco menos que normal.

Tal era el cuadro que presentaba la situación en la noche del veinticinco de septiembre, cuando decidí trasladarme a Guadalajara en automóvil, con seis de mis hombres escogidos, siempre tras la difusa pista del huido. En cuanto llegué a la encantadora Perla Taparía me puse en contacto con el Gobernador, señor Barba González, con el Comandante de la Zona Militar, General Macías Valenzuela, y con algunas otras autoridades de Jalisco, de todas las cuales obtuve todo género de facilidades en mi empeñada lucha. Allí, en Guadalajara, establecí mi base de operaciones inquisitivas, pero guardándome de ser visto en público por razones hartamente comprensibles. Estaba resuelto a no volver a la capital sin que me acompañara el éxito.

A Hostotipaquillo, nuestro principal objetivo, no debía mandar ningún agente sin ocultar cuidadosamente su identidad, pues, como he dicho anteriormente, el pintor comunista contaba allí con amigos seguros que no dejarían de advertirle de nuestra presencia. Teníamos, pues, que obrar con toda cautela. En los autobuses que cubren el servicio en aquella ruta y vistiendo ropas regionales, destacué primero a los agentes Figueroa y Ramírez, quienes debían hacerse pasar por humildes vendedores de baratijas. Poco lograron en este viaje, pues sus informes no arrojaron mucha luz sobre el paradero de Siqueiros. Volvieron a Guadalajara e inmediatamente hice que regresaran a Hostotipaquillo con nuevas instrucciones: debían recorrer ahora las rancherías y Figueroa debía hacerse pasar por un comprador de pochote y fibras y Ramírez por uno de pedernal para adorno de jardines y macetas. De esta suerte, y sin inspirar sospechas, podrían insistir en sus propósitos.

Era Sidonio Ramírez uno de los más ladinos y estupendos especialistas en vigilancias. Una vez en Hosto —así llaman por abreviación los residentes a Hostotipaquillo—, fuese por su cuenta derecho a la Iglesia y solicitó que le confesara el señor cura párroco. Fingióse para ello ferviente católico y habituado a las prácticas que su fe le imponía. Dióle a conocer al sacerdote su supuesta manera de ganarse el sustento y díjole, además, que para ello tenía pensado internarse en la sierra, pero que habiendo oído decir que por aquellos lugares deambulaban algunos comunistas conducidos por un tal Siqueiros, y considerando a éstos enemigos jurados de la religión, temía toparse con ellos y pasarlo bastante mal —y hasta quizá exponer la vida—, por lo que imploraba del padre los informes que pudiera conocer, ya que por lo general los sacerdotes están interiorizados con todo lo que de notable ocurre en los pueblos. El místico fingimiento de Ramírez dió los mejores resultados, pues un tanto conmovido, el señor cura le dijo qué, en efecto, desde hacía algunos días se encontraba por aquellos rumbos “ese mal hombre”, protegido por las autoridades municipales y por otros elementos del pueblo. Díjole también que cuando bajaba

al pueblo se ocultaba indistintamente en las casas del alcalde y del secretario, así como que en Cinco Minas trabajaban otros comunistas vinculados con Siqueiros. Acabó aconsejándole que desistiera de sus intenciones de internarse en la sierra o que tomara si lo hacía las debidas precauciones.

Enterado de todo esto por el parte que se apresuró a mandarme el agente Ramírez, resolví marchar a Hostotipaquillo, si bien encubriendo, como es de suponer, mi condición policiaca. Pero ¿de qué medios iba a valerme para ello?

El Estado de Jalisco se encontraba en plena campaña electoral para la renovación de los Diputados locales. Observábase por todas partes cierta agitación política. Pensé que bien podía aprovechar aquella circunstancia para introducirnos en el ambiente simulando ser propagandistas electorales, allanando así el camino hasta llegar a Siqueiros burlando la vigilancia montada por éste y por sus cómplices. Plantados en Hostotipaquillo, podríamos seguir más fructíferamente nuestra labor.

El General Núñez me había destinado a un comandante de la Policía uniformada, gran conocedor del terreno y de los distintos sectores sociales. De él me valí para dar con una persona de su confianza que pudiera ayudarnos consintiendo en pasar por nuestro candidato a diputado. Me presentó a uno de esos tipos que gustan de la notoriedad, con recursos económicos y más o menos conocido por aquellos contornos. Era un pintoresco charro, vecino del municipio de Tequila; una vez instruido del papel que iba a representar, mostróse entusiasmado y hasta tomó bastante en serio la cosa. Se hizo rápida impresión de volantes de propaganda y con ellos tapizamos materialmente la camioneta adquirida para nuestra gira política.

Por otra parte, obtuve de la Zona Militar que se giraran instrucciones a las fuerzas federales destacadas en los puntos limítrofes a Hostotipaquillo, a fin de que cubrieran los pasos por donde pudiera escurrirse el prófugo, en el supuesto de que se encontrara en aquel territorio y de qué, al sentir nuestra presencia, intentara escapar. A dichos elementos militares les envié previamente la filiación de Siqueiros y de su esposa Angélica Arenal para facilitarles la identificación.

Y como pudiera darse el caso de que en un momento dado se necesitara de algún servicio auxiliar, solicité de la misma Zona una sección de tropa; se me proporcionaron treinta hombres del Cuarto Batallón de Línea, al mando de un teniente joven y por demás activo.

Mientras tanto continuaban en Hostotipaquillo los agentes Ramírez y Figueroa, y en la estación de La Quemada permanecía otro, Felipe Sotomayor, con órdenes de inspeccionar a su paso todos los convoyes del Ferrocarril Sud-Pacífico, pues podía muy bien suceder que en uno de ellos tratara de escapar el pintor.

Nos ponemos en marcha hacia nuestro inmediato cuartel general: Hostotipaquillo, pueblo polvoriento y tristón, pero otrora próspero y alegre. Viajan conmigo en la camioneta los agentes restantes, el "candidato" y tres de sus "correligionarios". A discreta distancia marchaba también el camión de la fuerza federal. Hice que en La Quemada se incorporara el agente Sotomayor a nuestro grupo. Seguimos adelante hasta unos veinte kilómetros antes de nuestro puerto final. Al lado de la carretera, los ladridos de los perros nos denuncian la existencia de un ranchito. Descendemos con el fin de contratar buenos guías que, con el teniente y diez soldados y el agente Sotomayor, deben encaminarse a campo traviesa hacia Cinco Minas. Los militares deben guarecer el poblado en aparente desconexión con el agente, que debe dedicarse a labores inquisitivas. Hago que adelante el camión que conduce a la tropa sobrante, con órdenes de llegar hasta el pueblo donde permanecerá de guarnición, si bien en reservado contacto con nosotros. Y al clarear la mañana, los ocupantes de la camioneta, supuestos propagandistas políticos, tomamos hospedaje en un mesón con pretensiones de hotel, situado en una calleja cercana al parque principal.

A primera hora hábil nos acercamos al Palacio Municipal para saludar al señor Alcalde y enterarle de nuestros propósitos electorales. Nos recibió no sin recelo, con bastante desconfianza; luego mudó de ánimo y nos dimos a la charla sobre cuestiones intrascendentes. Al parecer, no se había dado cuenta de nuestra verdadera misión.

Investigando aquí y allá, pudimos confirmar sin lugar a dudas los informes obtenidos por Sidonio Ramírez del cura párroco durante su confesión. Supimos así que el Presidente Municipal, su Secretario qué, a

la vez, era segundo Comandante del Primer Escuadrón del 58 Cuerpo de Reservas, el Comandante de la Policía y algunos otros elementos del Ayuntamiento, constituían la falange de encubridores de Siqueiros.

Hacia las tres de la tarde del mismo día, me devolvió la visita el señor Alcalde. Pero grande fué mi sorpresa cuando, al acercarse a mí en el mesón en que nos hospedábamos, me saludó de esta manera:

—Buenas tardes, mi Coronel Salazar.

Lo dijo con cierta sorna y socarronería.

—Pero usted me confunde —repliqué—. No soy militar ni lo he sido nunca. ¿O se está usted guaseando?

—Pero ¿cómo no, mi Coronel? ¡Si es usted el Jefe de la Secreta de México!

—Le advierto a usted que me está confundiendo —le repliqué un tanto irritado.

Debo apuntar que me había dejado crecer la barba y que vestía la misma ropa regional de mis agentes, disfraz con el que esperaba pasar completamente desapercibido aún ante los habituados a ver mi fotografía en los periódicos.

—No desconfíe de mí, Jefe —siguió diciendo el Alcalde—.

Como autoridad, tengo la obligación de ponerme a su servicio. No puede usted negar que es el Coronel Salazar.

Mientras decía esto, desdoblaba una hoja de fotograbado en que aparecía. yo de cuerpo entero, con motivo de un trabajo policiaco muy sonado.

—Mire: dése usted una rasurada, quítese esos espejuelos negros, póngase su ropa de "catrín" y volverá a ser el Coronel Salazar —agregó el ladino Alcalde.

Y como viera que su descubrimiento me exasperaba, prosiguió en tono conciliador:

—No se moleste, Jefe. Le repito que me tenga confianza y que me diga en qué puedo servirle.

—Pues bien, soy el Coronel Sánchez Salazar, Jefe del Servicio Secreto de México, y agentes míos son los hombres que me acompañan —me decidí a decirle al fin en tono resuelto—. Vengo ocultando mi carácter oficial porque sé el terreno que piso. Pero confío en su autoridad y acepto su ayuda. Vengo persiguiendo al prófugo de la justicia David Alfaro Siqueiros. Su primera respuesta me demostrará si es usted sincero o no. A ver, dígame: ¿conoce usted a ese hombre?

Vaciló un momento, pensando sin duda que yo podía muy bien conocer su condición de encubridor. Reaccionó al fin, calculando que de todos modos tenía que decirme algo, y confesó:

—Sí; conocemos a David, señor. Ha estado por aquí en distintas ocasiones. Es amigo y compañero nuestro en asuntos sindicales, pero nada más. Le aseguro que nada sabíamos de que fuera un delincuente y de que le persiga la justicia.

—¿Y ha estado por aquí las últimas fechas?

—Sí señor. Y su esposa también. Pero no se ha dado a ver porque dice estar algo enfermo. Como no sabíamos que lo persiguieran, lo estuvimos alojando en distintas casas y en la mía propia. Tengo entendido que su señora regresó a México.

—Bien. ¿Y en qué fecha estuvo aquí la última vez? —Hace dos días exactamente:

—¿Dos días nada más? —exclamé sorprendido.

—Sí, señor. Salió a la sierra porque asegura que le hacen mucho bien el sol y el aire puro. Debe encontrarse por allí, pero no podría señalarle el punto preciso, pues aun cuando le preguntamos que a dónde se encamina, invariablemente contesta: "Sin rumbo, sin rumbo; pero nos seguiremos viendo".

Comprendí que nada más podría decirme aquel hombre sin denunciar su papel de encubridor, con las correspondientes y perjudiciales consecuencias para él. Por el momento, me convenía disimular: en lugar de un grupo hostil, podía obtener de ellos alguna colaboración. Por otra parte, no podía mandarlos a la cárcel por ser autoridades municipales y gozar de fuero. Lo mejor era limitarme a vigilarlos.

—Está bien —le dije—. Tomo como cierto todo lo que usted me ha dicho y acepto la cooperación que me ofrece.

Sin perder un momento, procedí a organizar una columna compuesta por los agentes y los soldados. El Alcalde, el Secretario y el Comandante de Policía, seguidos de algunos rurales, nos agenciaron algunas cabalgaduras y a instancias mías, formaron parte de la columna en calidad de guías. Lo que quería yo en realidad era no perderlos de vista un solo instante, convencido como estaba de que se apresurarían a avisarle de nuestra presencia al perseguido. Emprendimos la marcha hacia la sierra más próxima. Sin perder el enlace, nos dispersamos sobre el terreno, batiendo materialmente la maleza. Nos fuimos deteniendo en las rancherías, interrogando a sus moradores y registrando sus chozas. Ya en el filo de la sierra, nos sorprendió la noche y me vi obligado a disponer el regreso. Pero a mitad del camino, desandado, nos ocurrió algo por demás desagradable: el Secretario Luna, que venía bajo discreta custodia, aprovechó el paso de un arroyo para arrojarse del caballo y echar a correr protegido por la oscuridad y por la espesura. Perdimos bastante tiempo en su busca, pero todo fué inútil. ¿Iría a reunirse con Siqueiros y a advertirle del peligro que le acechaba? Era lo más probable. Fué este un trago bastante amargo.

Al día siguiente, muy de mañana, efectuamos otro recorrido con los mismos elementos e igual táctica, pero por rumbos distintos y con idéntico resultado. Confieso que empezaba a desalentarme: itrece días de pesquisas y de afanosos trabajos desde nuestra salida de México y no habíamos adelantado, casi nada! En tales condiciones y pese a mi inicial propósito de no volver a la capital con las manos vacías, resolví dirigirme con dos de mis agentes a Ixtlán del Río, Nayárit, con el fin de ponerme en comunicación con el General Núñez y obtener su anuencia para regresar a México en el caso de que fracasara mi última esperanza. Consistía ésta en el regreso del agente Sotomayor de Cinco Minas. El General Núñez me autorizó a volver a la capital. Pero la prensa y el público esperaban con cierta ansiedad el resultado de mi prolongada expedición. ¿Qué cuentas iba a rendir?

Emprendí el retorno a Hostotipaquillo. Un poco me reanimó el encontrarme allí con Sotomayor, conduciendo a un detenido que iba a ser la clave de un éxito final en nuestra empresa. Tratábase de Cristóbal Rodríguez Castillo, vecino de Cinco Minas y viejo amigo del asaltante de la casa de Trotsky. Era un viejo minero, destruido por la silicosis y cargado de familia. Aunque nacido en Hostotipaquillo, radicaba en Cinco Minas desde hacía veintidós años. Conocía a Alfaro Siqueiros desde mil novecientos veintiséis, en que ambos organizaron diversos sindicatos en la comarca y hasta dirigieron una huelga que se prolongó durante sesenta días y que constituyó todo un éxito para sus camaradas. Por esta razón y por haber vivido allí tres años, el pintor gozaba de popularidad entre los trabajadores, si bien eran pocos los que comulgaban con sus ideas.

—Comprenda que es usted un hombre enfermo —le dije después de escuchar su primer relato—; sus achaques reclaman reposo, tranquilidad y muchos cuidados. Ocultarme la verdad, es acercarse al presidio. Su numerosa familia estaría condenada a perecer, pues entiendo que no es usted hombre de recursos para su sostén. No concibo que usted pueda estimar en más la amistad de Siqueiros que su libertad, su propia vida y sobre todo, el bienestar de su familia. Tengo en mi poder testimonios y pruebas innegables de que usted ha venido prestándole protección al pintor, que como sabe es un delincuente. Usted es un encubridor y por lo tanto, otro delincuente. Si se niega a decirme lo que sabe sobre el paradero de Siqueiros, sintiéndolo mucho me veré obligado a conducirlo a México. De usted mismo depende su suerte futura.

A medida que le hablaba, comprendí que me lo iba ganando. Por fin, ahogado de emoción, llorando casi, me dijo:

—Está usted en lo justo, Coronel. Si abriendo mi corazón traiciono la amistad, sé en cambio que salvaré a mi familia, a mi mujer, a mis hijos. Estoy perdido, Coronel; pero confío en que me salvará usted, pues también debe ser padre.

Y empezó así su relato:

—A fines de abril hizo David un viaje rápido a este pueblo. Estuvo un día a lo sumo. No pudimos vernos, pero me dejó un recado escrito en el que decía que fuera urgentemente a México. También me dejó cincuenta pesos para los gastos de viaje. Me trasladé luego a la capital. Y el día mismo de mi llegada visité a Siqueiros.

—¿En qué lugar se vieron?

—Donde me ordenaba en su recado: en el Hotel Majestic.

—Prosiga, don Cristóbal.

—Durante nuestra entrevista me dió instrucciones de que volviera luego aquí y procediera a buscar a dos hombres valientes y dispuestos a todo para trasladarse a México y desempeñar un trabajo muy importante con él. Le aseguro que no me dijo de qué se trataba ni yo se lo pregunté, pero supuse que sería asunto político, pues yo sólo conozco a David como pintor y como político. También me hizo saber que a aquellos individuos les pagaría, cinco pesos diarios y me dió cien para sus gastos de viaje. A los tres días ya estaba aquí de regreso y de acuerdo con el Presidente Municipal y con el Secretario del Ayuntamiento, amigos nuestros, nos fijamos en Genaro Casillas y en Narciso Padilla, dos muchachos bragados como los pedía David, y luego les dimos instrucciones de que se marcharan a México y se pusieran a sus órdenes.

—¿No preguntaron de qué se trataba?

—No, señor. Tenían confianza en nosotros y también en Siqueiros. Se mostraron entusiasmados de poder hacer el viaje a la capital. Con ellos marchó también Luna, Secretario del Ayuntamiento y Segundo Comandante del Escuadrón del 58 Cuerpo de Reservas.

—¿Y por qué fecha fué eso?

—A mediados del mes de mayo.

—¿Y no sabe usted que esos dos individuos tomaron parte en el asalto a la casa de Trotski?

—Lo supe después. Casillas y Padilla, cuando volvieron aquí, no parecían muy contentos de haber tomado parte en el asalto. Decidimos todos guardar silencio.

—¿Cuándo volvió usted a ver a Siqueiros?

—Supe que había venido a ocultarse aquí. En la tarde del once de septiembre, Luna vino a decirme que el pintor quería hablar conmigo. La entrevista se celebró en la casa del mismo enviado, donde vivían entonces Alfaro Siqueiros y Angélica Arenal, que me presentó como su mujer. Me estuvo hablando un rato largo de la guerra civil española y de la situación europea. Después me habló también del asalto a la casa de Trotski, al que Siqueiros acusaba de ser el jefe de la contrarrevolución internacional. Nos tomamos unas cervezas juntos y nos separamos. Debo decirle también que encontrándome en Cinco Minas, donde radico, tuve informes verídicos de que David y Angélica estuvieron ocultos desde fines de junio hasta la primera semana de julio, en el mismo domicilio de Luna, pasándose después a la casa de Ruiz Ramos, comandante de un pelotón de las Reservas. En dos ocasiones estuvo a visitar al pintor su hermano Jesús, que, con Angélica, servíanle de enlace con México. En uno de sus viajes, Jesús vino con un periodista y dos fotógrafos, pero David se enojó con su hermano por semejante imprudencia y parece que se negó a recibir a sus acompañantes.

—Muy bien, don Cristóbal. Ahora, dígame: ¿no sabe cuándo se alejó la última vez de este pueblo el pintor y quién le acompañaba?

—Exactamente, no, pues ya le he dicho que no vivo aquí; pero sí que puedo asegurarle que no hace muchos días. En cuanto a acompañantes, sé que le sigue un pistolero llamado Marcos Orozco.

—¿Y no podría decirme, con más o menos exactitud, dónde puede encontrarse ahora?

Se me quedó mirando fijamente. Sin duda se resistía a hacer la última revelación con la total entrega del prófugo. Pero quizá recordó a su mujer y a sus hijos y por fin, contestó con franca resolución:

—Búsquenlo en el rancho de San Blasito, situado en las inmediaciones de la sierra, como a unas cuatro leguas de aquí y a la izquierda de donde me han dicho que anduvieron ustedes ayer, cerca del arroyo por donde se escapó Luna. Allí en San Blasito le proporcionan alimentos y a veces duerme en los potreros, no muy lejos.

Este interrogatorio se había prolongado hasta cerca de las doce de la noche. Era evidente el cansancio de aquel infeliz hombre. Por mi parte abrigaba la convicción de que me había dicho toda la verdad.

Habíase desarrollado la anterior escena en la pieza que nos servía de alojamiento. Nos rodeaban los agentes. Hice que llamaran al Presidente Municipal y al Comandante de Policía, que permanecían en alojamientos contiguos, y después de repetirles el relato de don Cristóbal y demostrarles sus ligas con Siqueiros, les prometí pasar por alto su responsabilidad a condición de que me prestaran franca y leal ayuda en la captura del prófugo.

Temerosos tal vez de las consecuencias de su comprometida situación, se ofrecieron unánimemente a servirnos de guías hasta el escondite del pintor.

El tiempo volaba y era preciso dar el golpe cuanto antes. Debíamos movernos aprovechando las sombras de la noche para caer a la madrugada sobre el rancho. Al efecto, organicé inmediatamente tres grupos de doce hombres, entre agentes y soldados, con sus respectivos guías. El plan consistía en emprender la marcha siguiendo itinerarios distintos para coincidir en el mismo objetivo: San Blasito, rancho que debía quedar sitiado al amanecer, dentro del área de un kilómetro aproximadamente. La atención y la vigilancia debían ser redobladas en aquellos puntos de posible escape, según las indicaciones de los guías. El cerco debía ir estrechándose lenta y cuidadosamente, con el fin de registrar toda la maleza. Los elementos que llegaran los primeros al rancho debían evitar la salida de sus moradores y si daban con Siqueiros, debían prenderle sin la menor violencia, salvo en caso de agresión.

Hacia la una salió el primer grupo, dirigido por Sotomayor, siguiendo la ruta del costado derecho de la sierra, para desplegarse oportunamente hacia el noroeste. Media hora después se ponía en marcha el segundo grupo, por el centro, llevando como jefe a Figueroa, con órdenes de hacer el mismo despliegue, pero hacia el oriente, en cuanto tomara contacto con el grupo de Sotomayor. Y por último, dos horas después desfilaba el Chino Arias al frente del tercer grupo, siguiendo hacia la izquierda de la serranía, para flanquear a su tiempo el rancho, por el sur, y enlazar con las dos primeras fracciones. Yo vigilaría la ejecución de los movimientos y sobre el terreno resolvería las situaciones que se nos presentaran.

Al amanecer, el rancho de San Blasito estaba en jaque y cumplidas en su primera parte las disposiciones digitadas. Se inició el avance, estrechando el cerco poco a poco y sin ninguna novedad. Caímos al fin sobre el rancho y procedimos al registro de las contadas casuchas. Pensaba que en una de ellas podía encontrarse oculto el fugitivo. Sólo una de ellas estaba habitada por un matrimonio campesino con sus retoños. Se sorprendieron y asustaron de tal modo, que les flaqueaban las piernas y no podían articular palabra. Repuesto el hombre, tuvo que confesar que allí llegaba un hombre llamado Macario, al que le preparaban los alimentos. Por las señas que de él nos dió, no nos cupo duda de que se trataba de Siqueiros. Dijo que había estado en el rancho la noche anterior y al apremiarlo, reveló que podía encontrarse en el cercano arroyo de Los Otates.

Rápidamente se diseminaron los agentes y los soldados por el sitio indicado, un tanto fuera del cerco establecido horas antes, y a poco se encontraron, de manera casual, con un individuo al parecer desorientado. Resultó ser nada más que Marcos Orozco, señalado por don Cristóbal Rodríguez como pistolero de David. Era portador de una pistola semiautomática para tiro al blanco y un rifle de salón, ambos de calibre 22 y con sesenta y siete cartuchos útiles. No sin reticencias declaró que estaba al servicio del pintor y que hacía viajes a Hostotipaquillo, para donde había salido la víspera en busca de

provisiones. Resultaba que no podía dar ahora con su jefe. ¿Tratábase de una coartada? En todo caso la detención de aquel sujeto fué un buen incentivo.

Prosiguió la búsqueda con mayor ahínco, soportando los ardientes rayos solares y las picadas de los mosquitos que zumbaban entre la maleza. Habíase adelantado un poco el agente Figueroa, con algunos de su grupo, y al llegar a un recodo dió con un individuo tendido sobre una colchoneta y dormido boca arriba. Era David Alfaro Siqueiros. Tal encuentro marcaba el punto final de una investigación que tuvo gran resonancia y en la que habíamos empeñado cuatro largos meses. De pronto hasta dudamos de que se tratara del pintor asaltante, pues lo desfiguraban su crecida barba y su indumentaria. Vestía camisola y pantalón de kaki, bastante sucios y estropeados; calzaba botas mineras y se tocaba con un sombrero de palma, de anchas alas. Se sorprendió al despertar y verse en poder de la policía. Pero no opuso resistencia alguna ni portaba armas con qué hacerlo.

No tardamos en encontrarnos frente a frente. Nos saludamos, por mi parte con fingida cordialidad.

—Buenos días —nos dijimos a un tiempo.

—¿Qué pasa con usted? —añadí luego en tono grave.

Notoriamente nervioso, inquieto, desconfiado, trató de explicarme que no andaba huyendo, que no se consideraba un delincuente y que no tenía nada que ver con el asunto Trotsky ... Pero como no era mi propósito someterlo a interrogatorio, interrumpí su mentiroso relato y, tratando de calmar sus nervios, le dije:

—Antes que nada soy soldado y como tal, garantizo que lo entregaré sano y salvo en la ciudad de México. Ya las autoridades correspondientes se encargarán de juzgar sus actos.

—Gracias, Coronel —me respondió afable.

Platicamos sobre cuestiones ajenas al momento y hasta le relaté un episodio de mi vida militar, cuando caí prisionero del enemigo durante nuestra sangrienta revolución, allá por el año de mil novecientos quince.

—Era yo un mozalbete —agregué— y desde entonces, siento un profundo respeto por la vida humana, a menos de que se trate del cobro de una deuda de honor.

Mientras tanto levantaban los agentes un inventario de los objetos del pintor: una bota o bolsa de cuero con bandolera, en cuyo interior guardaba mil setecientos pesos en billetes de diversas cantidades y cien dólares en papel moneda; un cuchillo de monte, una pluma fuente, pasta dentífrica, un frasquito con brillantina y por último, cuidadosamente envueltas en sucia servilleta, algunas tortillas de maíz endurecidas por el tiempo.

Emprendimos el regreso a Hostotipaquillo. Comimos en el mesón-hotel y a las cinco de la tarde iniciábamos el largo viaje a la capital, conduciendo además del pintor y de su pistolero Marcos Orozco, a los encubridores de mayor responsabilidad, entre los que se encontraban dos mujeres que estuvieron al servicio del asaltante y de su esposa. Tomamos acomodo en la misma camioneta "electoral"; llevábamos a Siqueiros entre Figueroa y yo. Nos seguía el transporte de la fuerza federal con agentes y detenidos. Como a las veinte horas hicimos alto en Tequila con el fin de comunicarle al General Núñez la gran noticia. Ni qué decir le causó una gratisima sorpresa. Llegamos a Guadalajara a la media noche, cambiando la camioneta por mi automóvil de uso personal, que había dejado allí por ser demasiado conocido. Llegábamos a la madrugada a Morelia, donde sufrió el coche un serio desperfecto. En otro de repuesto cruzamos a toda marcha la famosa serranía de Mil Cumbres hasta asomar en Zitácuaro. Nos esperaba ya ahí el General Núñez con no menos de un centenar de reporteros, fotógrafos y corresponsales nacionales y extranjeros, ávidos de conocer hasta el último detalle en torno a la detención del trágico asaltante de la casa de Trotsky. El grave Jefe de la Policía premió nuestra labor con palabras de encomio, que rubricó con un abrazo. Púsose en marcha el largo convoy y hacia las nueve de la noche, ya en mi despacho del Servicio Secreto, complacía gustoso a la legión de periodistas, en tanto que David Alfaro Siqueiros, Marcos Orozco y los otros detenidos, eran trasladados a los separos de la Sexta Delegación. Así se cerró el último capítulo de la investigación del famoso caso Trotsky. Tocaba ahora a la justicia establecer

responsabilidades y aplicar sanciones.

Ardua había sido la labor, pero llegamos al éxito tanto en lo referente al esclarecimiento de los hechos como a la detención de los autores materiales del sangriento drama, merced principalmente a los medios, al consejo y al apoyo que sin tasa logré en todo momento del Jefe de la Policía. Y gracias también a la brillante actuación de mis colaboradores, cuyos nombres deben honrar estas páginas: Simón Estrada, Subjefe del Servicio Secreto; Jesús Galindo, Comandante de Agentes; Francisco F. Quezada, Jefe de mis Ayudantes; Emilio Sánchez Mondragón —ya extinto—, José López Mejía, Pedro C. Balderas, Francisco Figueroa Arceo, René T. Urquidi, Pedro Castañeda, Liborio R. Santos, Felipe Sotomayor, Melchor Cárdenas, Funes Arellano, Chino Arias —finado ya—, José Clavé, Andrés Medina, Jesús Esparza, Martín Cruz Carreño, Porfirio Nila, Manuel Mendoza, Florencio Moreno, Manuel F. Porras, Sidonio Ramírez, Antonio Villanueva, hermanos Carrillo de Albornoz, Armando A. Lara, Andrés González —extinto también— y otros que por lamentable olvido no cito. A ellos y al Teniente Rodolfo Aceves García, que me acompañó al frente de las tropas a Hostotipaquillo, mi gratitud eterna. Ciertamente actué como su jefe y que nunca flaqueó mi voluntad, ni me agobió el cansancio, ni me arredró la crítica injusta de los impacientes; pero sin esos hombres no se hubiera llegado nunca a la meta o sólo hubiéramos logrado descorrer a medias el misterioso velo. Luego a mis colaboradores, a su esfuerzo, su capacidad y su celo, debe la Policía de México uno de sus más grandes triunfos.